

Capítulo 37 - Puerto de Granslip - El Último Orellen

Cuando Ester Ivory llegó al puerto, el capitán Kolto asumió muchas de las tareas que Kalen había planeado realizar por sí mismo. Sentía un poco de vergüenza, pero más que eso, se sintió aliviado. La vista de la ciudad portuaria principal de Circon, extendiéndose y creciendo en el horizonte, lo dejó sin palabras al principio, y aun cuando desembarcaron y un par de marineros ayudaron a Yarda a subir a la parte trasera de un carruaje traído para su comodidad, todavía seguía asombrado como si hubiera recibido un golpe.

Había escuchado en toda su vida lo grandiosas que eran las ciudades continentales. Pero escucharlo y verlo por sí mismo eran dos cosas muy diferentes. Toda la gente en Baitown no superaría en número a las que Kalen podía ver trabajando en los muelles. Había veinte barcos tan grandes como Ester Ivory en puerto, y muchos barcos más pequeños.

Era mediados de otoño, y aunque Kalen había oído a algunos marineros mencionar rumores de una mala cosecha en el país famoso por su agricultura, estaba seguro de que debían estar equivocados. Salvo por el océano a su espalda, no había lugar donde pudiera girar sin ver montones de sacos de grano siendo cargados en los barcos o almacenados en los depósitos.

“Buen clima para esta época del año,” dijo Kolto, frunciendo el ceño mientras miraba al cielo despejado y al cálido sol de la tarde. “Circon refresca para mi gusto en invierno, aunque supongo que estarás bien viniendo de Hemarland.”

“Espero no quedarme aquí todavía,” respondió Kalen. “Estoy seguro de que mi maestro vendrá antes de que termine el mes.”

Probablemente ni siquiera sabe que es mi maestro todavía, pensó con desesperación. No había esperado ver a Arlade frente a él en el momento en que desembarcaran. Pero lo había deseado. La idea de esperar por ella era más intimidante que nunca ahora que había visto dónde tendría que esperar.

Seguro me perderé. ¿Por qué han apilado tantos edificios así? Es ridículo. Deberían haberlo convertido en cien pueblos diferentes. ¿Y dónde están todos los árboles? Deben haber talado todos para construir todo esto. Un territorio sin árboles es antinatural.

Sabía que era absurdo, pero mantuvo sus opiniones durante todo el recorrido por la ciudad hasta la posada que el capitán había elegido por recomendación del encargado del puerto.

“Nos haré cargo del pago,” dijo Yarda firmemente cuando Kalen empezó a rebuscar en las maletas en busca de su dinero.

“Pero ya cubriste el costo del viaje,” protestó Kalen.

“De todos modos lo habría pagado yo mismo, ¿verdad?” dijo ella, haciendo crujir el carruaje mientras se bajaba y miraba hacia arriba, hacia el cartel colgado sobre la puerta de la posada. “Mi viaje ya estaba planeado, y tú solo has sido buena compañía durante el camino.”

El capitán incluso negoció el precio por la noche, privando a Kalen de la oportunidad de usar el “entrenamiento” que Lander le había impuesto antes de partir de casa. Así que Kalen casi corrió para cargar con todas sus pertenencias en la pequeña pero limpia habitación en lo alto de la estrecha escalera, deseando hacer lo último útil que pudiera.

Yarda decidió arreglarse y descansar poco después de llegar, y Kalen se encontró con el capitán en el piso inferior. “Nos veremos antes de zarpar de nuevo,” prometió el hombre.

“No hace falta que vengas hasta aquí,” respondió Kalen. “Sé que debes estar ocupado. Y puedo dirigirme yo mismo a los muelles para despedir a Ester Ivory.”

Kolto le sonrió con amabilidad. “Nos ha sido un placer tenerte a bordo. Ven cuando quieras mientras sigamos aquí y habla con algún servidor si necesitas algo. Me gustaría saber si has recibido noticias de tu amo, eso me tranquilizaría.”

“Gracias. Te avisaré si ella ha escrito algo.”

“¿Estás seguro de que no quieres enviar tus frascos mágicos a casa por medio del correo de la iglesia?” preguntó el capitán. Kalen había dejado los frascos de grabación que había preparado para su familia y los de Yarda a bordo del barco. “Yo puedo llevárselos a Hemarland personalmente. Pero será casi un año. Vamos directos a casa para el invierno después de esto, sin paradas en el camino.”

“Lo sé,” dijo Kalen. “Pero tengo las cartas para enviar y siempre puedo grabar otro frasco y enviarlo más rápido si quiero. Es bueno estar seguro de que ambos llegarán, aunque sean con retraso. Yarda grabó tanto en el suyo.”

El capitán asintió con aprobación. “Me parece una decisión sensata, en esas palabras.” Se levantó de su silla junto a la chimenea de la posada y se estiró. “¿Recuerdas el nombre del doctor? Ah, no debería preguntarlo. Sé que cuidas bien de tu prima.”

“Doctor Meluda, de la calle Rye, en la casa pintada de amarillo,” dijo Kalen. Había ayudado a uno de los marineros de Kolto hace unos años. “Lo recuerdo.”

“Si tienes dificultades para localizarlo—”

“Lo encontraré,” afirmó Kalen con firmeza.

El capitán le tendió la mano y Kalen la estrechó. “Vamos, joven,” dijo. “Entonces, te dejo con ello.”

De camino a la iglesia de Yoat, Kalen estaba absolutamente convencido de que sería golpeado y robado en cualquier momento.

Esto es culpa de Lander, pensó, enrojeciendo y haciendo una disculpa con la cabeza a una muchacha con la que casi choca en su prisa por cruzar un callejón oscuro. Incluso Veern y Terth podrían robarte, Kalen. Estarás tan absorto cantando tus hechizos mágicos mientras caminas que todos sabrán que eres un blanco fácil, Kalen.

“Como si fuera a comenzar a cantar conjuros en medio de la calle,” murmuró.

Ya había decidido que su tipo de hechizo favorito no era usable hasta que supiera qué tanta atención podrían atraer los conjuros simples. Zevnie había podido sentir cuando él lanzaba Germinar grano, estando lo suficientemente cerca. Arlade había estado en la playa aquel día, y ella no, por lo que probablemente no sería detectable a largas distancias, pero, ¿cómo podía él saber cuán cerca estaban otros practicantes en una ciudad tan llena de gente?

Solo se perdió dos veces en su camino, y ambas, se dirigió a mujeres de su misma edad para que le indicaran la dirección correcta. “¡Qué muchacho tan devoto!” dijo una de ellas.

Kalen no vio motivo para corregirla.

En Circon, Yoat y Clywing tenían sus iglesias contiguas. Las construcciones de piedra roja eran bajas pero imponentes, y se curvaban formando un círculo alrededor de un patio central. En la parte trasera del complejo, se encontraba una Oficina de Correos tan grande como toda la iglesia de Yoat en Hemarland.

Kalen tuvo que recordarse a sí mismo que no debía quedarse maravillado con cada pequeño detalle ni dejarse llevar por el ritmo de la ciudad mientras seguía a un hombre calvo vestido con largas túnicas marrones. Intentó parecer que sabía lo que hacía al ingresar a la oficina. Allí estaban dos hombres sentados en taburetes tras un mostrador alto, separados por barras de hierro de un grupo de personas que esperaban su turno para enviar o recibir correos. Ambos llevaban gorras de tela plana con un amuleto plateado en la parte delantera—uno por Yoat y otro por Clywing. Detrás de ellos, había estanterías llenas de libros y rollos, armarios, y una caja de hierro enorme cubierta con pintura mágica que Kalen supuso era una especie de arca de almacenamiento protector.

Sintiendo un poco de nerviosismo ante la agitación y la seriedad de aquel lugar, observó meticulosamente a los otros clientes. Exceptuando a un hombre que llevaba un delantal manchado de sangre, la mayor parte de las personas estaban bien vestidas en comparación con quienes había pasado por la calle. Kalen bajó la vista hacia sí mismo. Su túnica y pantalones de verano eran robustos, pero habían visto mucho uso, dado su rechazo a abrir los dos paquetes de ropa recién enviada desde casa.

Bueno, no está nada mal, ¿verdad? Al menos, no parezco haber estado desollando ovejas todo el día.

Kalen escuchaba las conversaciones de los clientes que estaban delante de él con los hombres en el mostrador. Todos enviaban o recibían cartas y paquetes. Un hombre vestido con pantalones de terciopelo preguntó acerca de enviar una botella de vino mediante portal, y el empleado tras el mostrador rodó los ojos y nombró un precio que dejó a Kalen con la boca seca. Si entregaba una tercera parte de todo lo que sus padres le habían dado y se lo entregaba, aparentemente podría enviar una botella de vino por portal a la República de Laen.

El hombre con los pantalones de terciopelo quedó asombrado y se alejó tambaleándose, todavía con la botella bajo el brazo.

“También estuvo aquí el mes pasado,” dijo el hombre que le había dicho el precio. “¿Qué cantidad de borracho hay que ser para pensar que el precio del correo por portal habría bajado desde entonces?”

Algunos rieron con ironía.

“Clywing va a mantener a los saqueadores de tumbas de Orellen aferrados a su pecho por un par de monedas más, ¿verdad?” murmuró el carnicero.

“No pienses que no te echaré por hereje y por difundir mentiras,” dijo la secretaria con contundencia. “La resurrección no está al alcance del hombre. Ni siquiera de los practicantes. Esos rumores fueron iniciados por la familia Leflayn para justificar un genocidio. Tal es la postura de Clywing y Yoat.”

“Pero no sostienen esa postura en otros países, he oído.”

La secretaria golpeó el mostrador y se levantó. “Fuera. Lleva tu puesto a donde corresponda. Que Clywing tenga misericordia de ti por manchar su nombre.”

Su compañero suspiró mientras el carnicero se alejaba pensativo. “Se está volviendo tedioso escuchar esa discusión cada vez que alguien menciona el correo por portal. ¿Quién será el próximo?”

Kalen permaneció estático. Un estruendo retumbaba en sus oídos.

“Eres tú, ¿verdad?” le preguntó una mujer. “¿Niño? ¿Hola?”

“Sí, es mi turno,” respondió con voz tiesa. “Gracias.”

Le tomó un segundo aún para obligar a sus piernas a avanzar hacia el mostrador. “Me gustaría—” fugir , “—verificar algunas cartas,” dijo. “Yoat 843:12 y 843:13 desde Hemarland.”

“Ugh,” dijo el hombre, frotándose los dedos teñidos de tinta contra un paño húmedo y levantándose. “Correo de la isla. Nunca se etiqueta correctamente desde el principio. ¿Cuánto hace

que fue enviado?”

“Tres meses y medio,” respondió Kalen.

El hombre tomó un montón de papeles sujetos con aros de una estantería, escaneó algunas páginas, luego negó con la cabeza y tomó otro. Después de unos minutos, asintió y volvió a su taburete, donde revisó otra pila de papeles.

“Tienes suerte de que llegaron a través de Circon, o quizás no tendrías noticias para ti. El que va a Makeeran salió de Tothport hace dos semanas. Probablemente no tendrás más noticias hasta que recibas una respuesta, si es que esperas una. El otro...” Rasqué su mejilla y miró algo en la página frente a él. “Pues, sinceramente, no deberían haberte dejado enviarlo. Fue irresponsable de su parte. Pero probablemente no tenían mejor opción.”

¿El que va al Archipiélago?

El otro empleado, aquel con el pin de Yoat en su gorra, levantó las cejas y giró en su taburete para examinar a Kalen con curiosidad. “¿Intentaste enviarle una carta allí?”

¿Eso está mal?—preguntó Kalen.

En ese lugar no hay iglesias—dijo el empleado de Yoat—. Ni una sola.

Los mensajes de la iglesia no llegan allí—confirmó el empleado de Clywing, que ayudaba a Kalen—. No hay razón para ello. No zarpan barcos con destino a ese sitio. Estoy seguro de que allí reciben mensajes desde el continente de alguna forma. Todos son practicantes, ¿no? Tienen sus métodos, pero el nuestro no es uno de ellos.

Es como si intentaras enviar una carta a la luna—dijo el empleado de Yoat, todavía mirándolo fijamente mientras dejaba a su cliente enojado por su silencio—. ¿A quién se la estabas enviando?

No le respondas—dijo el empleado de Clywing, aún rascándose la cara—. No es asunto tuyo. De todos modos, parece que hemos detenido tu carta aquí. La buscaré en la pila de mensajes no entregables cuando tenga un momento. Ven mañana por la tarde y te la devolveré.

No, no quiero que me la devuelvan. Quiero que siga su camino hacia Arlade. Era solo la carta de respaldo —una amenaza, en cierto modo— para asegurarse de que Zevnie cumpliera con su parte del trato. Pero aún así, sentía como si las posibilidades de que Kalen alcanzara siquiera al hechicero se hubieran reducido a la mitad.

Está bien—dijo en voz baja—. ¿Sabes cuánto tardará la otra carta en llegar a Makeeran?

Al menos seis semanas, eso es lo que calculo—respondió el empleado—. Pero es solo una estimación. No recibimos muchos mensajes entre islas, ¿sabes? El servicio de correos de la iglesia solía ser terrestre y portal, y ahora casi todo es por tierra. Los capitanes de los barcos no trabajan directamente para nosotros, y hacen lo que quieren cuando cruzan la Línea Mágica.

Kalen trató de no mostrar su angustia, pero seguramente no lo logró.

Pero Yoat, por supuesto, te devolverá el dinero—añadió el empleado rápidamente—. Por la carta no entregada. ¿No es así?

El empleado de Yoat se encogió de hombros—. Supongo que está bien—dijo—. Como fue nuestra iglesia la que permitió que la enviara.

¿Cuánto costaría enviar a una persona a Tothport? O al puerto grande más cercano en el otro lado del continente, el más barato?

¿Por correo?—preguntó el empleado de Clywing, con una expresión confundida—. No somos un servicio de transporte con carruajes.

Por portal—dijo Kalen, aunque sospechaba que era una pregunta tonta, pero debía hacerla—. Solo por si acaso. ¿Y si el hechizo para la botella de vino fuera exactamente el mismo y, por tanto, el precio también? ¿Podría enviarse a sí mismo y a Yarda?

Clywing solo cuenta con un equipo de cuatro personas aquí—dijo el empleado—. No envían gente.

Si se apretara, cabría en una pequeña bolsa de granos. ¿No es esa del tamaño que manejan por entrega?—dijo el otro, riendo.

Olvídalo—dijo Kalen—. Solo tenía curiosidad. Volveré por mi carta mañana.

Ahora sé—pensó mientras regresaba al albergue—. Sé tantas cosas que necesitaba saber. Esto es bueno.

Pero no se sentía bien.

No, en realidad sí—se tranquilizó—. Esto no es el peor desenlace posible.

Una carta había cruzado con éxito el mar opuesto. Estaba en camino a Makeeran. Llegaría a la familia de Zevnie, luego a Zevnie, y después a Arlade. Arlade vendría. Quizá solo para recuperar su medallón de aprendizaje del cráneo de cristal, pero vendría. Y ayudaría a Yarda.

Había ayudado a los padres de Kalen sin cobrar. Era una persona algo extraña, pero no carecía de compasión.

¿Cómo logra la familia de Zevnie enviarle un mensaje?

Ella había dicho que podían hacerlo “más fácilmente” que Kalen. ¿Qué quería decir con eso? ¿Por qué no lo preguntó? ¿Se trataba de algún dispositivo mágico? ¿O el mensaje llegaría de inmediato cuando llegara la carta, o tardaría más tiempo?

Y este parecía ser un buen lugar para que Kalen se quedara, ¿verdad? Todo indicaba que no había cambiado mucho desde que Lander estuvo aquí antes. Circon está muy cerca de Swait, pero aún conservan portalistas protegidos por la iglesia. Cuatro de ellos. No eran muchos, pero era algo.

Sus fondos también serían suficientes. La posada no era cara. Podrían quedarse varios meses si fuera necesario.

Pero parece que quizás tengamos que hacerlo.

“Yarda,” susurró al entrar en su habitación después de un rato. “¿Estás despierta?”

Ella yacía en la cama demasiado pequeña, con una falda doblada sobre los ojos como cortina. “Mmm,” respondió. “Hay muchas personas ruidosas afuera, ¿verdad? Vaya, una ciudad de verdad es algo hermoso de ver.”

Kalen suspiró. Por supuesto que ella tendría una opinión positiva sobre que la impidieran dormir a causa de los ruidos de la calle.

“Si no te importa hablar, quería preguntarte algo,” dijo, acomodándose en la única silla dura de la habitación. “Cuando planeabas este viaje, antes de saber que yo iba a acompañarte, ¿qué pensabas hacer cuando llegaras a Granslip? ¿Ibas a dirigirte directamente a través de Circon en cuanto llegaras? ¿O tal vez bajarías a Swait y luego atravesarías?”

Eso debía ser, sin duda, la opción más rápida. O al menos lo había sido... quizás las cosas ahora serían diferentes.

¿Malas noticias sobre tu carta? preguntó Yarda, sin levantar el paño que cubría sus ojos.

No exactamente. Solo está tomando más tiempo en llegar a las personas a las que debe llegar de lo que esperaba. Alade llegará en al menos unos dos meses. Y si ella está ocupada, o decide esperar hasta la primavera, o el barco con la carta se hunde en el camino hacia Makeeran... ¿por qué no dejamos otro mensaje aquí con nuestro recorrido? Podemos partir juntos hacia el Archipiélago, y así, incluso si todo sale mal, estaremos mucho más cerca de nuestro destino.

Tras decirlo, Kalen contuvo la respiración, esperando su respuesta. La demora fue larga.

Creo que nos quedaremos aquí, dijo ella. El viaje que planeaba era arduo, y no me encuentro tan bien como esperaba. Y tú quizás puedas adelantar a la hechicera Alade, tratando de llevármela al Archipiélago por tu cuenta. ¿Cómo hará ella para llegar a su nuevo aprendiz si él corre de un lado a otro antes de que ella se entere de que lo busca?

Kalen se encorvó en la silla.

Yarda, la persona a través de quien envié la carta... Imagino el rostro de Zevnie en mi mente. Es sorprendentemente claro considerando cuánto tiempo ha pasado desde que la vi. Es ambiciosa. También orgullosa, y prometió, así que creo que cumplirá con entregarle el mensaje a Alade. Pero existe la posibilidad de que no lo haga. Lo sabía al enviarla. No me importa si logramos adelantar a

Alade o no. Mi aprendizaje puede empezar cuando tenga que empezar. Podemos ir al Archipiélago y entrenar con algún otro maestro, incluso, mientras las sanadoras allí te ayudan.

Los labios de Yarda se curvaron ligeramente. “Creo que me quedaré aquí,” afirmó. “Y le daré a Arlade wizarn su oportunidad de venir. Tal vez haya un sanador en esta gran ciudad para ayudarme, además del médico del capitán.”

—¿Por qué sonríes de esa manera?—preguntó Kalen, preguntándose si había entendido bien lo que dijo.—Es una decisión muy importante.

—Antes de partir, Shelba me dijo: “Yarda, por lo que yo sé, Kalen no sale con la intención de encontrarse con un maestro, sino de comprar todos los libros del continente y leérselos a sí mismo.”

Kalen gimió con gesto ofendido. “¡Estoy intentando encontrarme con un maestro! ¡Casi como le dije a ella!”

Yarda levantó el lienzo de sus ojos para guiñarle un ojo. “Pero no tendrás problemas con él,” me dijo. “Todos dicen que Jorn y yo lo hemos malcriado, pero no lo veo así. Siempre intenta ser bueno, de alguna manera u otra, incluso cuando tallan las paredes o asustan a la gente con sus hechizos.”

—Yo solo pinté en las paredes.

Yarda se rió suavemente. “Me alegra que viajemos juntas. Y lamento ser más carga de lo que pensaba. Pero creo que es mejor confiar en tu amigo ambicioso y quedarnos aquí un tiempo.”

—No eres una carga—dijo Kalen rápidamente—Y si quieres encontrar un sanador aquí, un practicante, te ayudaré.

Ya planificaba en su mente un nuevo camino por recorrer. Si iban a quedarse aquí definitivamente, entonces...

Se levantó.

—Creo que puedes esperar hasta mañana para buscar un sanador—dijo Yarda—Es muy tarde para eso.

—Voy a una librería—anunció.

—¿Una librería?

—Si hay un lugar que venda libros para practicantes, allí sabrán de algún sanador. Y tendrán otras cosas que necesito.—Kalen sintió un nudo en el estómago, mitad emoción, mitad nerviosismo.—Si no viajamos por un tiempo, puedo practicar magia. No como en el barco. Ahora puedo hacerlo de verdad.

En una ciudad tan grande, debía haber un hechizo de viento. En un pergamino, en un libro, escondido en la cabeza de alguien. Aunque fuera solo uno, aunque fuera difícil o viejo, o hiciera algo ridículo—Kalen lo encontraría.

Y lo convertiría en suyo.

Revision #1

Created 7 June 2026 05:05:48 by Alice Johnson

Updated 7 June 2026 05:05:52 by Alice Johnson